cesar, y deshaceos en lágrimas. Corazón mío, rómpete de dolor, que has perdido á tu Dios, á tu Padre, á tu Esposo, á tu Rey y á tu Salvador, tu paz y todos tus bienes. ¡Ay de mí! lloro de día y de noche con David, cuando me dicen: ¿en dónde está tu Dios? ¿Qué le has hecho? ¿Dónde le has dejado? ¡Ah miserable, le has perdido por tu soberbia, por tu avaricia, por tu sensualidad! Le has vendido al demonio por un deleite imaginario; le has obligado á que se aparte de tí con tu ingratitud y negligencia. ¡Hijas de Jerusalén! ¿decidme dónde está nuestro Amado, para que yo vaya á encontrarle? porque estoy resuelto á buscarle por todas partes, y reparar la pérdida que he tenido.

11 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE EL HALLAZGO DEL DIVINO NIÑO.

PUNTO 1º

Considera como María Santísima y San José, luego que abrieron las puertas de la ciudad, no dejaron parte donde al Divino Niño no buscasen, ni persona á quien no le preguntaran por él. Fuéronse por las calles y por las plazas preguntando de puerta en puerta: ya nuestra Señora estaba tan muerta de la pena que daba grandísimo dolor á cuantos llegaban á preguntar; y muchas piadosas mujeres es de creer que compadecidas de su pena le preguntaban con aquellas palabras de los Cantares: «Decidnos, Señora, ¿cuál es vuestro Hijo? Dadnos sus señas y te ayudaremos á buscarlo. Daba las señas nuestra Reina, y con cada una un suspiro del más profundo centro de su alma. Mi Hijo (decía) mi Hijo es el más hermoso de los nacidos, blanco y rubio, escogido entre

millares: su cabeza parece de oro, sus manos de cristal torneado, sus dientes de marfil, sus ojos de paloma, su cuello de alabastro, y todo él es un renuevo milagroso de la humana naturaleza, hechura milagrosa de la omnipotencia de Dios. ¡Oh la más hermosa de las mujeres (le responderían) razón tenéis en sentir tanto su pérdida! Así se despedía la Santísima Virgen, dejando señales en todas partes de su profundo dolor. Atiende tú por aquí como el Señor atribula á su Madre: mira si le amaba; y con todo la pone en tantos aprietos, tribulaciones y trabajos. Abre los ojos y considera aquella verdad repetida tantas veces en la Escritura: que Dios, á quien ama, castiga y atribula. Consuélate si eres atribulado; y teme si te falta la tribulación. Pasados tres días de angustia, entra nuestra Reina en el templo, oye voces en el aula de los Doctores, y entre ellas le pareció que oyó la del Niño Dios. Suspende el paso, aplica el oído y se certifica de la voz de su Divino Hijo; comienza á respirar y á desahogar su corazón: penetra, y llena de gozo le dice á

su Jesús: «¡Hijo! ¿por qué habéis hecho esto con nosotros? ¿no ves que yo y tu padre, llenos de amargura te buscamos? Como si dijese: Decidme ¡Amor mío y vida de mi alma! ¿no habéis visto la pena y el dolor que nos habéis costado estos tres días? ¿No vistéis aquellas ansias mortales con que os hemos buscado, sin descansar ni de noche ni de día? ¿Cómo pudieron esas entrañas de amor sufrir tanta pena en quién sabéis que os ama con toda su alma?» ¿Por qué me buscabáis? ¿No debías vosotros juzgar que siendo Dios, como soy, y enviado por mi Padre para hacer su obra, debo atender á mi misión?» Esta palabra es la declaración del misterio de la Encarnación, del fin de este misterio, y de la consagración de Jesús á la gloria de su Padre y nuestra salvación. Esta palabra es una enseñanza para todo cristiano, que debe frecuentemente decirse á sí mismo, y si fuese necesario, también á los otros: estoy en este mundo para servir al Señor y para trabajar por mi eterna salvación.

PUNTO 2º

Si se pierde á Dios por el pecado, se vuelve á él por la penitencia. Un deseo malo del corazón basta para perderle, y un suspiro del corazón basta para hallarle. Una lágrima es de tanto precio, que nos puede recuperar á Dios, después de haberle perdido. No se recoge el dinero perdido, ni se recobra un hijo muerto á fuerza de llorar; más una sola lágrima nos hace hallar á Dios; después que le hemos perdido. ¡Oh penitencia, cuán maravillosa es tu virtud! Lágrimas de mis ojos, cuán preciosas sóis! y cuan insensato he sido de haber derramado tantas por cosas de ninguna importancia, y ni una sola he derramado por la pérdida de mi Dios y de mi alma. ¿Eres tú del número de éstos? Se halla Dios buscándolo como la Santísima Virgen, con dolor, con diligencia, con solicitud, con trabajo, con humildad y con devoción. No hay que buscarle en el gran mundo, ni en las plazas públicas, ni entre amigos, sino en el templo, enmedio de los Doctores que son los ministros de la Iglesia. No nos cansemos de buscarle hasta que lo hallemos, porque nos asegura que el que busca halla; el que pide logra lo que desea; y que abren al que llama. ¿Y tú le buscas? ¿En qué templo? ¿En qué lugar? ¿De qué manera? Se recupera la unión de Dios, alejándose uno de sí mismo; se recupera su dirección especial con la obediencia á las órdenes comunes; su protección con la fidelidad en las cosas ligeras, su consolación divina con la mortificación del cuerpo y del espíritu. Se pierde su presencia con la disipación del corazón, con el desenfreno de los sentidos, con la distracción del espíritu, con el tumulto de las pasiones, con el comercio del mundo, con los vanos deseos, y con la curiosidad; y se recobra con el recogimiento, con la soledad, con el desprendimiento, con la paz y con el silencio. ¡Oh dulcísimo Jesús estábais en mi corazón como en el trono de vuestra gracia, como en el templo de vuestra gloria, como en el santuario de vuestro espíritu, como en el tálamo nupcial de

vuestro amor! ¡Cuán bien me encontraba yo viviendo en vuestra compañía y cuán satisfecho: Pero ahora, Dios mío, ni sé donde vos estáis, ni donde yo estoy; me habéis abandonado, ó por mejor decir, yo os he perdido. ¡Ah, me veo en unos desiertos espantosos, en donde no encuentro una gota de agua para apagar la sed! ¡Oh fuente de agua viva! ¿Dónde iré para encontraros? ¿Cuándo vendréis á regar mi alma que está abrasada con los ardores del Sol? Os buscaré por todas partes, y no descansaré hasta haberos hallado. En fin, he hallado á mi Amado, le hallado en el templo, le tengo bien asegurado, y ya no le dejaré ir.

12 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA ORACIÓN DEL HUERTO.

PUNTO 1º

¿Qué haces, alma mía, en qué piensas? no es ahora tiempo de dormir. Ven conmigo al huerto de Gethsemaní y allí verás, y verás grandes misterios. Allí verás como se entristece la alegría, teme la fortaleza, desfallece la virtud, se confunde la majestad y se estrecha la gloria. Considera como, acabada aquella misteriosa cena, se fué el Señor con sus discípulos al monte de los Olivos, á hacer oración antes que entrase en la batalla de su Pasión, para enseñarnos como en los trabajos y tentaciones de esta vida habemos siempre de recurrir á la oración, como á una áncora sagrada, por cuya virtud nos será quitada la carga de la tribulación, ó se nos darán fuerzas para llevarla, que es otra gracia mayor. Porque, como dice San Gregorio, mayor merced nos hace el Señor, cuando nos dá esfuerzo para llevar los trabajos, que